

## **Padre Francisco Fernández Carvajal**

### ENCONTRAR A CRISTO EN LA IGLESIA

- No es posible amar, seguir o escuchar a Cristo, sin amar, seguir o escuchar a la Iglesia.
- En Ella, participamos de la Vida de Cristo.
- Fe, esperanza y amor a la Iglesia.

I. Todos buscan a Jesús. Todos lo necesitan, y Él siempre está dispuesto a compadecerse de cuantos se le acercan con fe. Su Humanidad Santísima era como el canal por el que discurrían todas las gracias, mientras permaneciera entre los hombres. Por eso, toda la multitud intentaba tocarle, *porque salía de Él una fuerza que sanaba a todos.*

La mujer de la que habla el Evangelio de la Misa<sup>1</sup> también se sintió movida a acercarse a Cristo. A sus sufrimientos físicos –ya doce años– se añadía la vergüenza de sentirse impura según la ley. En el pueblo judío se consideraba impura no solamente la mujer afectada de una enfermedad de este tipo, sino todo lo que ella tocaba. Por eso, para no ser notada por la gente, se acercó a Jesús por detrás y tocó tan solo su manto. «Tocó delicadamente el ruedo del manto, se acercó con fe, creyó y supo que había sido sanada...»<sup>2</sup>.

Estas curaciones, los milagros, las expulsiones de los demonios que Cristo realizó mientras vivía en la tierra, eran una prueba de que la Redención era ya una realidad, no una mera esperanza. Estas gentes que se acercan hasta el Maestro son como un anticipo de la devoción de los cristianos a la Santísima Humanidad de Cristo. Después, cuando estaba próximo a marcharse al Cielo, junto al Padre, sabiendo que siempre andaríamos necesitados de Él, dispuso los medios para que, en cualquier tiempo y lugar, pudiéramos recibir la infinita riqueza de la Redención: fundó la Iglesia, bien visible y localizable. Con ella ocurre algo parecido a lo que buscaban aquellas gentes en el Hijo de María. *Estar en la Iglesia es estar con Jesús*, unirse a este redil es unirse a Jesús, pertenecer a esa sociedad es ser miembro de

su Cuerpo. Solo en ella encontramos a Cristo, al mismo Cristo, aquel que esperaba el pueblo elegido.

Quienes pretenden ir a Cristo dejando a un lado a su Iglesia, o incluso maltratándola, podrían un día llevarse la misma sorpresa de San Pablo en el camino de Damasco: *Yo soy Jesús, a quien tú persigues*<sup>3</sup>. Y «no dice –resalta San Beda–: ¿por qué persigues a mis miembros?, sino ¿por qué me persigues?, porque Él todavía padece afrentas en su Cuerpo, que es la Iglesia»<sup>4</sup>. Pablo no supo hasta ese momento que *perseguir a la Iglesia era perseguir al mismo Jesús*. Más tarde, cuando hable sobre Ella, lo hará describiéndola como el Cuerpo de Cristo<sup>5</sup>, o simplemente como Cristo<sup>6</sup>; y a los fieles como sus miembros<sup>7</sup>.

No es posible amar, seguir o escuchar a Cristo, sin amar, seguir o escuchar a la Iglesia, porque Ella es la presencia, sacramental y misteriosa a la vez, de Nuestro Señor, que prolonga su misión salvífica en el mundo hasta el final de los tiempos.

II. Nadie puede decir que ama a Dios si no escoge el camino –Jesús– establecido por el mismo Dios: *Este es mi Hijo amado (...), escuchadle*<sup>8</sup>. Y resulta ilógica la pretensión de ser amigos de Cristo despreciando su palabra y sus deseos.

Aquellas gentes que llegan de todas partes encuentran en Jesús a alguien que, con autoridad, les habla de Dios –Él mismo es la Palabra divina hecha carne–: encuentran a Jesús Maestro. Y ahora quedamos vinculados a Él cuando aceptamos la doctrina de la Iglesia: *El que a vosotros oye, a Mí me oye, y el que a vosotros desecha, a Mí me desecha*<sup>9</sup>.

Jesús es, además, nuestro Redentor. Es el Sacerdote, poseedor del único sacerdocio, que se ofreció a sí mismo como propiciación por los pecados. *Cristo no se apropió la gloria de ser Sumo Sacerdote, sino que se lo otorgó el que le dijo: Tú eres mi hijo...*<sup>10</sup>. A Jesús-Sacerdote y Víctima, que honra a Dios Padre y nos santifica a nosotros, nos unimos en cuanto participamos en la vida de la Iglesia; de sus sacramentos en particular, que son como canales divinos por los que fluye la gracia hasta llegar a las almas. Cada vez que los recibimos nos ponemos en

contacto con Cristo mismo, fuente de toda gracia. A través de los sacramentos, los méritos infinitos que Cristo nos ganó alcanzan a los hombres de todas las épocas y son, para todos, firme esperanza de vida eterna. En la Sagrada Eucaristía, que Cristo mandó celebrar a la Iglesia, renovamos su oblación e inmolación: *Este es mi cuerpo, que es entregado por vosotros; haced esto en conmemoración mía*<sup>11</sup>; y solo la Sagrada Eucaristía nos garantiza esa Vida que Él nos ha ganado: *si alguno come de este pan, vivirá para siempre, y el pan que Yo le daré es mi carne, vida del mundo...*<sup>12</sup>.

La condición para participar en este sacrificio y banquete radica en otro de los sacramentos, que Cristo confirió a su Iglesia, el Bautismo: *Id, pues; enseñad a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*<sup>13</sup>. *El que creyere y fuere bautizado se salvará...*<sup>14</sup>. Y Si nuestros pecados nos han apartado de Dios, también la Iglesia es el medio para restituir nuestra condición de miembros vivos del Señor: *a quien perdonareis los pecados -dice a sus Apóstoles- les serán perdonados; a quienes se los retuviereis les serán retenidos*<sup>15</sup>. Nuestro Señor estableció que esta vinculación profundísima con Él se realizara a través de esos signos visibles de la vida sacramental de su Iglesia. En los sacramentos también encontramos a Cristo.

Y aunque alguna vez se dieran disensiones dentro de la Iglesia, no nos sería difícil encontrar a Cristo. Las mayorías o las minorías poco significan cuando se trata de encontrar a Jesús: en el Calvario solo estaba su Madre con unas pocas mujeres y un adolescente, ipero allí, a pocos metros, estaba Jesús! En la Iglesia también sabemos dónde está el Señor: *Yo te daré -declaró a Pedro- las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares en la tierra será atado en los cielos, y cuanto desatares en la tierra será desatado en los cielos*<sup>16</sup>. Y ni siquiera las negaciones de Simón fueron suficientes para revocar estos poderes. El Señor, una vez resucitado, los confirmó de modo solemne: *Apacienta mis corderos (...). Apacienta mis ovejas*<sup>17</sup>. La Iglesia está donde están Pedro y sus sucesores, los obispos en comunión con él.

III. En la Iglesia vemos a Jesús, al mismo Jesús a quien las multitudes querían tocar *porque salía de Él una fuerza que sanaba a todos*. Y pertenece a la Iglesia quien a través de su doctrina, de sus sacramentos y de su régimen, se vincula a Cristo Maestro, Sacerdote y Rey. Con la Iglesia, en cierto modo, mantenemos las mismas relaciones que con el Señor: fe, esperanza y caridad.

En primer lugar *fe*, que significa creer lo que en tantas ocasiones no es evidente. También los contemporáneos de Jesús veían a un hombre que trabajaba, se fatigaba, necesitaba de alimento, sentía dolor, frío, miedo..., pero aquel Hombre era Dios. En la Iglesia conocemos a gentes santas, que muchas veces pasan en la oscuridad de una vida corriente, pero vemos también a hombres débiles, como nosotros, mezquinos, perezosos, interesados... Pero si han sido bautizados y permanecen en gracia, a pesar de todos los defectos están en Cristo, participan de su misma vida. Y si son pecadores, también la Iglesia los acoge en su seno, como a miembros más necesitados.

Nuestra actitud ante la Iglesia ha de ser también de *esperanza*. Cristo mismo aseguró: *Sobre esta piedra edificaré Yo mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*<sup>18</sup>. Será siempre la *roca firme* donde buscar seguridad ante los bandazos que va dando el mundo. Ella no falla, porque en Ella encontramos siempre a Cristo.

Y si a Dios le debemos *caridad*, amor, este debe ser nuestro mismo sentir ante nuestra Madre la Iglesia, pues «no puede tener a Dios por Padre quien no tiene a la Iglesia por Madre»<sup>19</sup>. Es la madre que nos comunica la vida: esa vida de Cristo por la que somos hijos del Padre. Y a una madre se la quiere. Solo los malos hijos permanecen indiferentes, a veces hostiles, hacia quien les dio el ser. Nosotros tenemos una buena madre: por eso nos duelen tanto las heridas que le producen los de fuera y los de dentro, y las enfermedades que pueden sufrir otros miembros. Por eso, como buenos hijos, procuramos no airear las miserias humanas –pasadas o presentes– de tales o cuales cristianos, constituidos o no en autoridad: no de la Iglesia, que es Santa, y tan misericordiosa que ni a los pecadores niega su solicitud

maternal. ¿Cómo hablar de Ella con frialdad, con dureza o con desgarró? ¿Cómo se puede permanecer «imparcial» ante una madre? No lo somos, ni queremos serlo. Lo suyo es lo nuestro, y no se nos puede pedir una postura de neutralidad, propia de un juez frente a un reo, pero no de un hijo en relación a su madre.

*Somos de Cristo cuando somos de la Iglesia:* en Ella nos hacemos miembros de su Cuerpo, que concibió, gestó y alumbró Nuestra Señora. Por eso, María Santísima es «Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores»<sup>20</sup>. La última joya que la piedad filial ha engarzado en las letanías de Nuestra Señora, el más reciente piropo a la *Madre de Cristo*, es apenas un sinónimo: *Madre de la Iglesia*.

**1** Mt 9, 20-22. — **2** SAN AMBROSIO, *Comentario al Evangelio de San Lucas*, VI, 56. — **3** Hech 9, 5. — **4** SAN BEDA, *Comentario a los Hechos de los Apóstoles*, in loc. — **5** 1 Cor 12, 27. — **6** 1 Cor 1, 13. — **7** Rom 12, 5. — **8** Mt 17 5. — **9** Lc 10, 16. — **10** Heb 5, 5. — **11** Lc 22, 19. — **12** Lc 6, 51. — **13** Mt 28, 19. — **14** Mc 16, 16. — **15** Jn 20, 23. — **16** Mt 16, 19. — **17** Jn 21, 15-17 — **18** Mt 16, 18. — **19** SAN CIPRIANO, *Sobre la unidad*, 6, 8.— **20** PABLO VI, *Alocución* 21-XI-1964.

† Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.